

## DIEZ AÑOS DE ACADÉMICO

LUIS VÁZQUEZ FERNÁNDEZ

«*Fugit irreparabile tempus...*»

Virgilio

«*Fugit hora, ora...*»

Inscripción en relojes

Han pasado diez años desde que la *Academia de Doctores* abrió para mí su sapiencia.  
El tiempo fue dejando su huella, su evidencia,  
en mis ojos, mis manos, mi palabra en bisemia.

La ilusión juvenil que en mis venas fluía  
ha ido dejando el paso a un pensar más maduro.  
Dos Presidentes fueron «al inmortal seguro»,  
y sus sombras me asombran en la fiel *Teología*.

¿Es el tiempo el que pasa, o nosotros acaso  
somos los que pasamos, paso a paso, hora a hora?  
Oigo un llanto de niño que en mi espíritu aflora,  
junto al cercano anciano que vislumbro a mi paso.

Jorge Manrique ha visto, como nadie, que el río  
va fluyendo, desliza sus aguas a la inmensa  
hondura de la mar. ¡Y qué poco se piensa  
que el río es nuestra vida, es la mía, Dios mío!

¿Es la vida un engaño? ¿Va empezando la muerte  
cuando empieza la vida? Irremisiblemente  
nuestro espíritu atisba, nuestro corazón siente  
que un viento huracanado nos gana, es el más fuerte.

Ese viento —ese aliento— ¿no es el *elán vital*  
que en nosotros pervive, ocultando el beleño,  
el narcótico negro que envuelve nuestro ensueño,  
y, aliento tras aliento, es veneno fatal?

Nacemos, nos ofrecen gratis el mismo *ser*,  
sin contar con nosotros, que éramos sólo idea  
en la *mente divina*. Hacemos la tarea  
—que es el vivir—, y pronto comienza el fenecer.

Cuando ya nos sentíamos dueños de medio mundo,  
construyendo proyectos, dignos de un creador,  
se incrusta en nuestras venas el fuego del dolor,  
y el manantial da paso al pozo más profundo.

Y un día nos iremos, como dijo el poeta  
Juan Ramón, mientras *quedan los pájaros cantando*.  
Todo seguirá el ritmo de siempre, como cuando  
yo creaba ese *cosmos* que otro, ignoto, interpreta.

Tampoco cuenta nadie con algo tan tremendo  
como es *el que yo muera*: ¿A nadie le interesa?  
¿Nuestro *cuerpo* perece y el *alma* queda ilesa?  
Me moriré del todo, aunque siga existiendo...

Sólo el *Hijo del Hombre*, el que murió en la cruz,  
da sentido a mi muerte, como lo da a mi vida.  
¿Y el que se dice *agnóstico*, y descubre su herida,  
no es igual que yo mismo portador de *la luz*?

Todos somos iguales ante las sepulturas:  
¡A todos nos vincula la más grisácea *duda*!  
En el *instante-límite* no habrá un ángel que acuda  
a arraigar la *certeza perenne*, sin fisuras.

El creyente la *duda soporta*, y el ateo  
aleja el pensamiento que a veces le importuna.  
Uno contempla el *cielo*, y el otro, con su luna,  
—en claroscuro tenue— me dice: «Nada veo».

Pero todos, formados de la tierra en su seno,  
y el hálito divino, estamos hermanados.  
¿Somos muy diferentes cuando estamos callados,  
o cuando la *Palabra* da su sentido pleno?

¡Oh Dios de *mi palabra*, oh Dios de *tu silencio*,  
danos a cada uno la muerte que nos toca!  
¡Señor, que *tu Misterio* purifique mi boca,  
y hable de ti, silente, como te reverencio!

Madrid, primavera de 1999